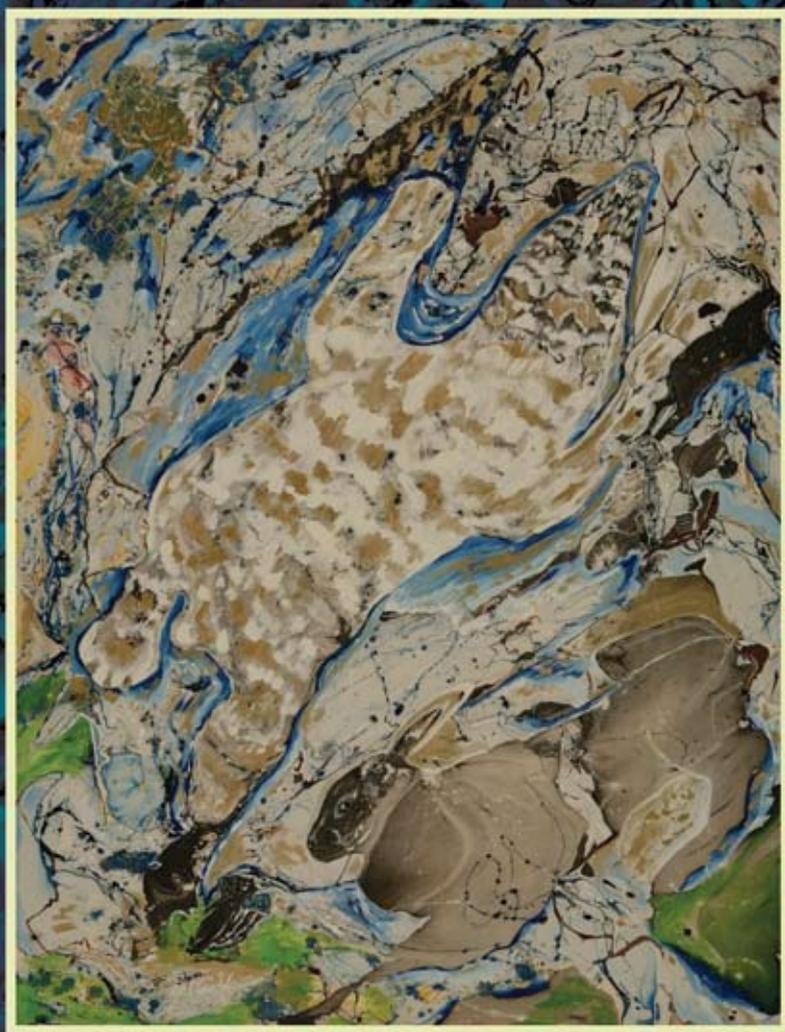


Ivonne Farah H. / Luciano Vasapolo
Coordinadores

Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?



CIDES-UMSA



SAPIENZA
UNIVERSITÀ DI ROMA



Oxfam

La construcción mancomunada y dialéctica de un nuevo proceso de conocimiento (socio-natural) para una nueva sociedad

*Guido Galafassi*¹

La belleza será convulsiva o no será
André Bretón

Introducción

La premisa básica de dominio de los hombres y la naturaleza para el crecimiento ilimitado en la modernidad va de la mano con el proceso de desarrollo, que viene teniendo lugar en los últimos siglos, todo bajo el sustento lógico de la racionalidad instrumental como marco de referencia.

La finalidad central de la vida humana pasa a ser el incremento ilimitado de la producción y las fuerzas productivas (técnicas), que se expresa en la ideología del “progreso” que se traduce en un impulso despiadado e inhumano al crecimiento que caracteriza la producción orientada por la obtención de ganancias y su uso predominantemente para la acumulación del capital. Esta acumulación implica dominación de hombres, culturas y naturaleza, generando alienación como contrapartida.

La noción de razón instrumental ilumina la génesis del proceso de segmentación intelectual y manejo utilitario de los recursos sociales y naturales. La crisis de la sociedad moderna (liberal, democrática e industrial) basada en el hecho de no haber podido extender a toda la humanidad los ideales de igualdad y solidaridad y, más al contrario, en la infinidad de nuevas formas de exclusión (en el ámbito de

1 Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente e investigador de la Universidad de Quilmes. Director e investigador del Proyecto: “Modos de acumulación y conflictos sociales en la Argentina contemporánea (Argentina).”

la vida social y del conocimiento), tiene su correlato en la explotación indiscriminada de la naturaleza. Estas situaciones no son otra cosa que manifestaciones diversas de una lógica utilitarista que debe ser radicalmente subvertida en todo proceso de liberación social que conlleve una liberación económica, política, y también ideológica-cultural.

La dominación: América Latina como territorio extractivo para la acumulación global

Razón instrumental, dominación y acumulación no son categorías abstractas; al contrario, tienen una expresión concreta en el territorio, tanto en su ocupación como en su diseño. Es la propia “lucha civilizatoria capitalista” la que se despliega en la construcción y uso del territorio y la naturaleza, dando lugar a lo que se denomina *territorio complejo*². Así, espacio material y espacio simbólico son dialécticamente soporte y creación de la historia y la cultura, al mismo tiempo que de ellos emana también el proceso de construcción de utopías colectivas y alternativas societales. En estos territorios complejos, incluso la histórica división entre lo rural y lo urbano se va desdibujando cada vez más por cuanto, a medida que crece la capacidad de aporte de capital, la posibilidad de transformación territorial es mayor y la “fricción del espacio” disminuye sus costos. La homogeneización del territorio y la cultura es la regla suprema del mercado, pues de lo que se trata es de masificar necesidades para poder unificar la producción y maximizar los beneficios.

La historia del desarrollo de los países latinoamericanos ha sido definida primariamente por la ecuación capital-recursos naturales, por su emergencia al mundo moderno mediante un papel predominante de dadores de materias primas, sean recursos minerales o agropecuarios. La particular conjunción entre tecnología y territorio constituye un eje clave de la actual competencia internacional, a la vez que pilar fundamental en el proceso de construcción de hegemonía. Las disputas internas al capital por el grado de participación en la distribución de los beneficios, se expresan cada vez más fuertemente por el desarrollo tecnológico y por la carrera en la búsqueda de espacios sea para la extracción de los recursos-insumos o para la construcción de mercados. En este proceso, poblaciones, culturas, etnias y pueblos fueron masacrados en nombre del progreso global y del mencionado proceso de homogenización.

Es así que cobra también más sentido el discutir las tesis sobre la acumulación primitiva del capital que, en sus formas más clásicas, se situaría en un supuesto “estado originario” o, en todo caso, como algo “externo” al sistema capitalista.

2 Ceceña, Ana Esther: “América Latina en la geopolítica estadounidense”. *Revista Theomai* N° 6, segundo semestre de 2002.

Para Marx, la acumulación “primitiva” u “originaria” ya se produjo³, y su preocupación fundamental fue la acumulación bajo la forma de reproducción ampliada, con un mercado consolidado en donde reinan la propiedad privada y la igualdad jurídica que aseguran una paz de mercado, según el credo de los economistas clásicos o de los actuales neoliberales. Según Marx, esta acumulación sólo llevaría a una mayor explotación social, una mayor desigualdad y a reiteradas crisis de sobre-acumulación. Para Rosa Luxemburgo, el curso histórico del capital se nutre de dos procesos ligados orgánicamente. Por un lado, “paz, prosperidad e igualdad” que son el reino de la producción de plusvalía y del mercado de mercancías que esconden su verdadero ser de apropiación de lo ajeno, explotación y dominio de clase; y por el otro, la relación entre el capital y las formas de producción no capitalistas, en donde reinan –ya sin disimulo– la política colonial, la guerra, la opresión y la rapiña.

El desarrollo del capitalismo hasta la actualidad nos ha enseñado, sin embargo, que la acumulación basada en la predación y la violencia sin disimulo han ido mucho más allá de solo un estado originario o de solo uno como algo exterior. Es la permanencia de esta forma de construir mercado lo que se ha hecho claramente evidente con la crisis del Estado Benefactor y la emergencia, sin tapujos, de los más arraigados principios del liberalismo. Así asistimos a la continuación de los procesos de la llamada acumulación primitiva⁴, en tanto el mercado se expande sin cesar por el mundo, dando lugar incluso a nuevas formas de “cercamiento”⁵, que implican la anulación creciente de los derechos básicos

-
- 3 Vale recordar, “El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborígen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de Africa en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales de la acumulación originaria*” (K. Marx, *El Capital*, ediciones varias, cap. XXIV).
- 4 Cfr. Perelman, Michael: “The Secret History of Primitive Accumulation and Classical Political Economy”, en *The Commoner*, n° 2, September 2001, <http://www.thecommoner.org> ; De Angelis, Massimo: “Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital’s enclosures”, en *The Commoner*, n° 2, September 2001, <http://www.thecommoner.org>. Bonefeld, Werner: “The Permanence of Primitive Accumulation: Commodity Fetishism and Social Constitution”, en *The Commoner*, n° 2, September 2001, <http://www.thecommoner.org>.
- 5 “*The second major method of the New Enclosures is again similar to the Old: seizing land for debt. Just as the Tudor court sold off huge tracts of monastery and communal land to their creditors, so too modern African and Asian governments agree to capitalize and “rationalize” agricultural land in order to satisfy IMF auditors who will only “forgive” foreign loans under those conditions. Just as heads of clans in the Scottish Highlands of the eighteenth century connived with local merchants and bankers to whom they were indebted in order to “clear the land” of their own clansmen and women, so too local chiefs in Africa and Asia exchange communal land rights for unredeemed loans. The result now as then is enclosure: the internal and external destruction of traditional rights to subsistence. This is the secret hidden in the noise of the “debt crisis.”* (Introduction to the New Enclosure”, *Midnight Notes*, n° 10, pp. 4)

de los pueblos que aún no habían sido del todo integrados al capitalismo en proceso de mundialización. Esta “acumulación mediante desposesión” (según la denominación de David Harvey⁶) adquiere en la actualidad una evidente visibilidad cuando el tantas veces anunciado agotamiento de los recursos comienza a vislumbrarse como algo cada vez más cerca⁷. Todo el tercer mundo entonces, incluida América Latina, se reconvierte una vez más—luego de los fallidos intentos de industrialización y liberación nacional de los años 50 y 60— en casi nada más que oferente de espacios y territorios rurales para la extracción de hidrocarburos, minerales, biodiversidad y alimentos bajo la clásica fórmula de la división internacional del trabajo, enunciada oficialmente como el aprovechamiento de las oportunidades con base en las ventajas comparativas.

De ese modo se viene definiendo una serie diversa de recursos estratégicos que se relacionan dialécticamente; por un lado son aquellos que la dinámica global del capital define como recurso demandado en un momento histórico determinado, y por otro como aquellos que las condiciones ecológicas regionales determinan como aptos para ser producidos o extraídos en cada lugar. El caucho es un ejemplo histórico en la América Tropical. Más contemporáneo, la explotación de los hidrocarburos y de minerales no deja de generar conflictos socio-políticos, étnicos y territoriales donde entran en juego intereses geoestratégicos norteamericanos, capitales multinacionales de base europea y gobiernos con orientación liberal o popular-reformista⁸.

6 Harvey, David: “El nuevo imperialismo. Acumulación mediante desposesión”, en *Herramienta* n° 29, junio 2005, pp. 7-21

7 Vale aclarar que este proceso de crecimiento y desarrollo basado en la desposesión, el saqueo y el pillaje no es privativo del capitalismo. De diversas formas y expresiones, se lo registra en reiteradas oportunidades en la historia de occidente. Vale citar solo algunos ejemplos, la conquista sucesiva de círculos concéntricos como nuevas zonas de pillaje en el período de la decadencia romana (cfr. Chaunu, Pierre: *Historia y decadencia*, Madrid, Granica, 1991); o la llamada “revolución industrial en la baja edad media”, asentada, entre otras cosas, en otro proceso de pillaje colonial motorizado por las Cruzadas (cfr. Gimpel, Jean: *La revolución industrial en la Edad Media*. Madrid, Taurus, 1982; Gaudin, Thierry: *Les metamorphoses du futur*. Paris, Económica, 1988); o las llamadas crisis de sobreproducción que terminan agotando los recursos naturales, características de economías con alta predominancia del sector agrícola.

8 Importante aquí refrescar algunos datos. El 25% del crudo comercializado a nivel internacional en 2005 era comprado por EEUU, quien solo representaba el 9% de la producción mundial de petróleo. La Unión Europea importa el 80% del petróleo que consume y Japón compra al exterior casi el 100%. Entre las tres potencias producen solo el 12% del total a nivel mundial, aunque en su consumo se va el 50% del producido a nivel mundial e importan el 62% del comercio internacional (cfr., Beinstein, Jorge: “Estados Unidos en el centro de la crisis mundial”, en *Enfoques Alternativos*, n° 27, Buenos Aires, noviembre de 2004). Más concretamente, vale lo dicho por el ahora presidente saliente de los EEUU: “...*America is now more dependent on foreign oil than a time in its history. In 1973, the country imported 36 percent of its oil needs. Today, the U.S. imports 56 percent of its crude oil (...)* The U.S. bill for foreign oil has more than doubled from last year...” (Bush, G.W.: *On The Issues Energy*, 4president.org, <http://www.4president.org/issues/bush2000/bush2000energy.htm> 2000).

Sin ir más lejos, es importante no dejar pasar los importantes conflictos geopolíticos derivados por la posesión de los yacimientos de gas y petróleo en las recientes historias de Venezuela y Bolivia⁹, más la llamada Guerra del Agua también en Bolivia¹⁰, o las más recientes disputas en torno a la potencial energía hidroeléctrica de los ríos patagónicos. Ellos muestran de forma elocuente lo central de esta cuestión. Resulta primordial también mencionar el proceso creciente de sojización de América del Sur, que arrasó con ecosistemas, agrosistemas y culturas, y que representa otra variante. En su caso, se trata de un recurso donde no sólo se visualiza su “oportunidad” de su demanda por las naciones más industrializadas (alimento de ganado y biodiesel), sino también de la aplicación de una tecnología más concentrada y asociada a fuertes niveles de dependencia.

La racionalidad de la dominación: razón instrumental

El proceso moderno de dominación basado en la concepción de desarrollo como crecimiento material infinito, reglas de mercado, ser humano concebido como fuerza de trabajo, homogeneización cultural, y territorio entendido como soporte de la propiedad privada y usufructo intensivo de los recursos naturales (concebidos a su vez como insumos productivos), se sustenta en un modelo de racionalidad que impregna el más “alto conocimiento” y todo hecho cotidiano en nuestra sociedad moderna. Este proceso define el camino a seguir, tanto por las cúpulas del poder como por el hombre común.

Esta racionalidad dominante se construye sobre un concepto de razón que, por ejemplo, Max Horkheimer¹¹ ha denominado como razón subjetiva: aquella que articula medios a fines con el objetivo de adecuar los modos de procedimiento a fines que son más o menos aceptables por los valores del *establishment* y que, presuntamente, se sobreentienden. Es decir, el acento está puesto en discernir y calcular los medios adecuados, quedando los objetivos o fines a alcanzar como una cuestión de poca importancia en cuanto a si son o no razonables. Es que estos fines son racionales también en un sentido subjetivo; es decir, que son útiles al sujeto para lograr su autoconservación en una sociedad donde no queda otro lugar que no sea para el individualismo más cerrado.

9 cfr. Villegas Quiroga, Carlos: “Rebelión popular y los derechos de propiedad de los hidrocarburos”, en *OSAL* n°12, pp. 27-34, 2003; Escobar de Pavón, Silvia: “Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social”, en *OSAL* n° 12, pp. 47-56, 2004; Lander, Edgardo: “Venezuela: proceso de cambio, referéndum revocatorio y amenazas territoriales”, en *OSAL*, n° 13, pp. 57-66, 2004.

10 Kruse, Thomas: “La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas”; en, Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

11 Horkheimer, Max: “Crítica de la razón instrumental”. Buenos Aires, Sur, 1969.

El fin capaz de ser racional por sí mismo, es decir sin estar referido a ninguna especie de ventaja o ganancia individual (subjetiva), le resulta a este modelo de razón absolutamente extraño. Así, la sociedad industrial –resultado del desarrollo dominante de la civilización occidental moderna– se ha encargado de que los elementos materiales de confort sean los únicos fines que quedan por conseguir, olvidándose de que solo son medios. El mundo que surge como resultado de esta razón pragmática es aquel donde todo sirve para algo, y tiene que ser útil para ser reconocido como real. Sólo los medios tienen un racional derecho a existir, “la transformación total del mundo en un mundo más de medio que de fines es en sí consecuencia del desarrollo histórico de los métodos de producción”¹², métodos que están basados en un predominio tal de la técnica, cuyo resultado es la instrumentalización universal del mundo, de los hombres y de la naturaleza. Esto supone desechar todo lo que se vinculara con algún fin último; y se origina en una particular comprensión de la razón que la define como un esquema pragmático de carácter instrumental. Es esta racionalidad instrumental la que pone de manifiesto el proceso de alienación social y socio-ecológico de la sociedad moderna. Así, racionalidad instrumental es sinónimo de alienación.

Este predominio de la técnica en la sociedad moderna tiene su raíz en la razón ilustrada que concretiza el pasaje del temor (del hombre primitivo premítico) y la veneración (del hombre mitológico) de la naturaleza, a su dominio. La ilustración implica el arribo del concepto liberador del hombre de una naturaleza extraña y temida que, a través de la razón, logra ejercer su dominio técnico sobre el mundo. Es la victoria del hombre sobre la superstición: “el iluminismo, en el sentido más amplio de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de quitar el miedo a los hombres y de convertirlos en amos... El programa del iluminismo consistía en liberar al mundo de la magia”¹³.

El mito constituye un primer intento del hombre por reconciliarse con la naturaleza, pero es una reconciliación aleatoria, irracional, algo que ocurre o no de forma imprevisible; por lo tanto, el temor ante la fuerza extraña sigue siendo la regla. La ilustración, en cambio, es en primer lugar desmitificación y liberación de la pesadilla mítica como fuerza extraña a través de la ciencia verdadera. Los dioses pasan a ser vistos como productos febriles de la imaginación temerosa de los hombres; es decir, como una proyección enajenada del mismo espíritu humano y, por tanto, manejable. Y esta reconciliación sobrepasa el mundo de las ideas para materializarse en la praxis, en la acción real que el hombre ejerce sobre la naturaleza en pos de un crecimiento material ilimitado nunca antes visto, y legitimado exclusivamente en la racionalidad productivista, filosofía fundamental de la civilización moderna y occidental que en los últimos siglos ha

12 Op. cit., pag. 111.

13 Horkheimer, Max y Theodor Adorno: “Dialéctica del Iluminismo”. Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

logrado colonizar todo el planeta. Toda otra lógica es considerada superstición, y la naturaleza se transforma en un insumo de la producción, "... el intelecto que vence a la superstición debe ser el amo de la naturaleza desencantada... Lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es la forma de utilizarla para lograr el dominio integral de la naturaleza y de los hombres. Ninguna otra cosa cuenta"¹⁴.

Esta razón ilustrada se transforma en razón instrumental en la medida que –al dejar de ser algo diferente, temido y reverenciado– la naturaleza pasa a constituir el medio de la propia realización del hombre. Este ahora usa a la naturaleza para su propia autoafirmación bajo la premisa de un progreso sostenido hacia el infinito¹⁵. Así, razonar se convierte en el conocer para dominar. La naturaleza es el refugio que el hombre encuentra y transforma para guarecerse de ella misma. La naturaleza le brinda los elementos que le aseguran mayor libertad frente a las fuerzas naturales que hasta el momento el hombre no era capaz de controlar. Pero esta transformación de la naturaleza que no tiene límites, se vuelve contra si misma y contra el hombre, pasando de una primera imagen confortable (una naturaleza que entrega todos sus recursos al servicio del confort humano) a una segunda imagen aterradora (una naturaleza, que degradada por la propia acción humana, ya no puede brindar confort y se vuelve hostil). Todo ello se inscribe en un mismo proceso autoalimentado y construido sobre el mismo fundamento ontológico: la mediatización del mundo a través de una razón que lo instrumentaliza para la dominación constante del hombre sobre la naturaleza.

Y este dominio absoluto es el límite de la razón instrumental que lleva indefectiblemente a la catástrofe, en donde la razón se niega a si misma y se hace instrumento de su propio proceder. Es que el sujeto que mediatiza todo convirtiéndolo en instrumento, termina siendo también un medio de esta razón pragmática. De aquí la explotación del hombre por el hombre. El hombre concreto pasa también a ser parte de esta naturaleza mediatizada, lo que conduce a que el mismo termina siendo devorado por los mecanismos puestos en marcha: "...la historia de los esfuerzos del hombre destinados a subyugar la naturaleza es también la historia del sojuzgamiento del hombre por el hombre"¹⁶.

El contenido amplio, extenso y abarcador de la razón se vio voluntariamente reducido, en la razón subjetiva, a sólo una porción parcializada y sesgada del contenido original, donde lo particular reemplazó a lo general. "Al abandonar su autonomía, la razón se ha convertido en instrumento. En el aspecto formalista de la razón subjetiva, tal como la destaca el positivismo, se ve acentuada

14 Op. cit. pag. 16.

15 Galafassi, Guido: La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad. "Contribuciones desde Coatepec", Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, Nueva época, año 1, n° 2, enero-junio 2002 (pp. 4-20).

16 Horkheimer, Max: "Crítica de la razón instrumental". Buenos Aires, Sur, 1969: pag. 15

su falta de relación con un contenido objetivo; en su aspecto instrumental, tal como lo destaca el pragmatismo, se ve acentuada su capitulación ante contenidos heterónomos¹⁷.

La razón pasa a ser un componente dependiente del nuevo proceso social. El contenido exclusivo que la domina es su capacidad operativa a partir de su papel en el dominio sobre la naturaleza y sobre los hombres. La clasificación y sistematización de datos es el perfil predominante hacia una mejor organización del material de conocimiento. Se ve superstición en todo aquello que pretenda ir más allá de la sistematización técnica de los componentes sociales que rigen el devenir de la civilización occidental moderna. Los productos de la razón, los conceptos y las nociones, así, se convierten en simples medios racionalizados ahorradores de trabajo; “es como si el pensar mismo se hubiese reducido al nivel de los procesos industriales sometándose a un plan exacto; dicho brevemente, como si se hubiese convertido en un componente fijo de la producción”¹⁸.

De esta manera, el predominio de la razón instrumental es la que lleva al proceso de segmentación social, político e intelectual, y al manejo utilitario de los recursos sociales, culturales y naturales en las sociedades con predominio absoluto del mercado.

Y es esta racionalidad instrumental, en tanto reunión de positivismo-liberalismo y sociedad capitalista, lo que ha conducido a la humanidad por caminos dominados por la explotación de la naturaleza y de los hombres mismos, conformando complejos mecanismos de alienación que, en la mayoría de los casos, se retroalimentan. Se concibe al desarrollo en forma excluyente, como proceso de crecimiento económico incesante sustentado en la lógica de la cuantificación, cosificación y fragmentación (tanto del proceso social como del conocimiento), todos principios básicos de una civilización que salió a conquistar el mundo hacia mediados del segundo milenio. Así, la finalidad central de la vida humana pasa a ser el crecimiento ilimitado de la producción de las mercancías más diversas y de las fuerzas productivas (alienantes por definición en el capitalismo). El desarrollo, entendido unívocamente, es visto como un movimiento con dirección fija sobre una abscisa de valor creciente. Y este movimiento implica una sucesión en sentido de cada vez más; es decir, de más y más, más mercancías, más ganancias, más decimales en los valores numéricos de las constantes universales, más tierras a explotar, más uso de recursos, más productividad. Y ello lleva también cada vez a más desigualdad social, más pobreza, más dominación ideológica y más conflictos ambientales. En suma, a más y más alienación.

De ello queda implícito que cualquier pueblo que no se ajuste a esos parámetros será o bien sometido o bien arrasado. No es otra la historia de la conquista y

17 Op. Cit. pag. 32.

18 Op. Cit. pag. 32.

colonización de América y del resto de las tierras no europeas. De esta manera, llegamos al extremo contemporáneo de encontrarnos inmersos en un nuevo proceso de guerras (invasiones: Afganistán, Palestina, Haití, Honduras, Colombia, etc.) “por la libertad” (del capital), proceso generado no por la irracionalidad, como muchos sostienen, sino por la racionalidad de la dominación y explotación cada vez mayor. Dominación y explotación de la naturaleza, de los hombres y de las culturas; todas expresiones del modelo de racionalidad positivista y liberal-conservadora sostenida por la ciencia objetiva y especializada, y por la sociedad organizada en el cálculo económico de maximización de las ganancias.

En efecto, la economía liberal-neoclásica (y sus afines corrientes de la historia y la sociología) dominante desde fines del siglo XIX, representa un modelo ejemplar de construcción positivista del proceso de conocimiento moderno. Su afán por considerar al ámbito económico como ámbito especializado y separado, la utilización excluyente de explicaciones matematizables (basadas en férreas reglas de regularidad y previsibilidad) y su funcionalidad al sistema de poderes dominante basado en la desigualdad y la exclusión, hacen de esta explicación de la realidad, uno de los principales promotores intelectuales de la fragmentación de la sociedad moderna. Más aún, al estar por definición incapacitada para comprender o interesarse por la emergencia de múltiples procesos complejos que actúan en red y a diferentes niveles entre los diversos ámbitos del proceso social de poderes antagónicos y que, en consecuencia, no tienden necesariamente al equilibrio sino a la alienación social y socio-natural.

Por ello es fundamental plantear una mirada alternativa sobre la realidad a través de aproximaciones a perspectivas críticas y de articulación de tradiciones disciplinarias, para romper los arbitrarios límites disciplinarios. Una manera es mirar al mundo social desde las relaciones entre Sociedad-Naturaleza-Cultura, que implica mirarlo en términos de procesos dialécticos socio-históricos de cambio y continuidad, y en su relación con el mundo natural.

Es indispensable la búsqueda de la integración de conocimientos para la construcción de un pensamiento crítico en dos sentidos fundamentales. Por un lado, contra el positivismo cientificista y cientifizante y anti-dialéctico que pretende recortar la realidad en disciplinas como compartimentos estancos. Y por otro, contra el devastador avance del capitalismo, con su actual variante neoliberal como conjunción entre liberalismo económico y conservadurismo político y cultural, y de sus diversas manifestaciones a lo largo y ancho del espacio. La funcionalidad de la “especialidad científica” a la sociedad sustentada en la economía de mercado, donde todo es reducible a la categoría de mercancía, constituye una de sus columnas fundacionales. Sin duda esta es una tarea ciclópea, pero la construcción de nuevas formas socioeconómicas y políticas no alienantes es imposible sin la construcción conjunta de nuevas formas de conocimiento que la apunten y la legitimen.

Praxis: conocimiento y acción para la liberación

Cualquier discusión para intentar superar el proceso de alienación socio-natural existente en la sociedad contemporánea debe, entonces, partir del carácter instrumental que posee la racionalidad dominante para superarlo abiertamente y construir un proceso de conocimiento y acción que deje de lado la definición egocéntrica, unilateral e individualista que fundamenta básicamente a la sociedad de mercado.

Las ideologías y teorías liberales, modernas o posmodernas, dominantes en esta sociedad industrial-capitalista, se empecinan en desconocer la explotación y alienación que implica el proceso de producción de la economía de mercado (legitimado cultural y políticamente). Es importante puntualizar que, a la alienación existente en la relación de explotación del capital sobre el trabajo, se agrega la alienación existente en la explotación de la naturaleza por el capital a través del proceso de trabajo; lo que implica un socavamiento creciente de todas las condiciones de producción y de vida. De esta manera, es imposible separar dominación de clase, expropiación territorial, aniquilamiento cultural, explotación de la naturaleza y racionalidad instrumental, que se resumen en el proceso de alienación que genera diferentes situaciones, como puede ser una sociedad unidimensional basada en el despilfarro o también una sociedad asentada en la pobreza o la marginalidad socio-económica de la mayoría de sus miembros.

Si la Revolución Rusa primero (con sus antecedentes en la Comuna de París y la abortada revolución alemana) y la China después fueron los momentos culminantes de un proceso creciente de rebelión anticapitalista, y tuvieron como objetivo la construcción de una sociedad socialista basada teóricamente en principios marxistas, los años 60 dieron en cambio a luz una serie diversa de revueltas, rebeliones y revoluciones que asumieron diferentes perfiles dados por el contexto regional propio, y por el intento de superar los estancamientos, fracasos, traiciones y defraudaciones del devenir de las antes mencionadas dos revoluciones. Todo un debate teórico e ideológico acompañó estos procesos y, en parte, la noción de razón instrumental también fue puesta en el banquillo de los acusados, si bien su tratamiento profundo tuvo un carácter marginal, no mayoritario.

A pesar que las teorías mayoritarias de la academia liberal fortalecieron en aquellos años ciertas categorías e interpretaciones: individualismo metodológico y acción colectiva, que negaban la lucha de clases y con ello el proceso de explotación capitalista, todas las diversas revueltas –con cierta predominancia del sector estudiantil sucedidas en Europa, Japón, EEUU, México y en el resto de América Latina y el mundo, en los 60–, muy lejos estaban del supuesto carácter restringido que implica un mero “interés individualista” o una simple “búsqueda de identidad”. En el Mayo Francés –ícono emblemático de esas revueltas– y en muchas otras, el imaginario de un cambio radical guiaba las protestas, aunque hubieran surgido por problemáticas puntuales del régimen universitario

alienante. Lo que predominaba en todas ellas era un profundo e integral anti-capitalismo y anti-autoritarismo. Es decir, no se reducía sólo a denunciar la opresión económica sino la alienación en todos los planos de la vida social, y también una crítica profunda a la burocratización de las izquierdas que, en el poder –sea sindical o de gobierno–, habían negociado un pacto de coexistencia pacífica con el liberalismo.

Esta crítica a las izquierdas esclerosadas es livianamente tomada como claro indicador de un paradigma post-socialista por parte del paradigma posmoderno, mientras que lo que se debatía era la inoperancia de una izquierda que se había vuelto inocua y la necesidad de retomar las originarias reivindicaciones de liberación en todos los planos y no sólo económico. El ecologismo, pacifismo y feminismo posteriores, si bien dejaron parcialmente de lado las visiones y reivindicaciones explícitamente clasistas, apuntaban sin embargo a contradicciones inherentes a las sociedades patriarcales y productivistas de mercado, pero también a los regímenes industrialistas de economía centralizada autodefinidos como socialistas. Por su parte, el movimiento contracultural y el hippismo, desde una mirada más basada en las “sensaciones” que en la reflexión racional (característica de la modernidad), cuestionaban los pilares más profundos de la sociedad industrial basada en el conocimiento científico, el materialismo productivista, la lógica de la competencia individual y la disputa por el poder centralizado.

En síntesis, lo que se estaba poniendo en duda era la supuesta “libertad” de las sociedades capitalistas y la supuesta “igualdad” de las sociedades de Europa del Este autodefinidas como socialistas. La alienación en su sentido más profundo, integral y diverso constituía el principal argumento de las denuncias y las protestas; y su superación era el objetivo que motorizaba a los distintos procesos de movilización.

Mientras esto ocurría en los países del norte, en América Latina se vivían diferentes y muy variados procesos provenientes de largas luchas por la descolonización económica y política. El objetivo era la liberación nacional y social frente al “imperialismo” (categoría pasada de moda en la jerga científica y política contemporánea), que representaba una aceitada maquinaria de dominación y explotación social orientada por los capitales multinacionales, donde Estados Unidos de Norteamérica tenían un papel clave en lo que consideraban su “patio trasero”. La Revolución Cubana signó definitivamente los procesos de movilización, protestas, revueltas y rebeliones desde los inicios de los años sesenta. La lucha armada, las guerrillas, las movilizaciones de masa, la alianza entre campesinos, obreros y estudiantes constituían la clave de un proceso que se veía casi irreversible y que expresaba la lucha por la “liberación nacional y social de los pueblos latinoamericanos”. El marxismo en sus diversas variantes y combinaciones era el marco teórico dominante, quedando muy lejos la discusión individualista sobre movimientos sociales y acción colectiva planteada en los países centrales.

Los años 80 en cambio asistieron al decaimiento de este fervor de cambio social e ideológico, y solo algunas experiencias liberadoras tuvieron lugar, como la continuación de la guerrilla en El Salvador, Colombia y la culminación del proceso rebelde en Nicaragua que logró derrocar la dictadura títere de Somoza e instaurar una experiencia diferente de toda revolución anterior. Desde el vamos, Nicaragua no siguió un camino definido hacia el socialismo sino de solo “liberación nacional”, aunque el discurso fuera ambiguo. Puso en marcha un aparato productivo en donde el Estado dictaba el camino a seguir para zanjar las terribles diferencias existentes en su población, y la burguesía permanecía casi intacta. Además del grave y permanente ataque de la contrarrevolución, apoyada firmemente desde Estados Unidos, el proceso sandinista no pudo dar cuenta de las contradicciones que generaba estar a medio camino, al dejar intacta la capacidad de operación de las clases sociales que manejaban la economía y al soslayar las diversas controversias que generaban pueblos originario portadores de una cultura diferente.

Mientras tanto, las diversas corrientes neoconservadoras en el mundo iban acumulando espacio y poder a un ritmo vertiginoso; así, los años 90 en América Latina arrasaron con todo vestigio de aire de cambio en pos de igualdad y solidaridad, para ocupar el individualismo extremo y la competencia en todos los planos el máximo pedestal en la escala de valores. Esto vino de la mano de la re-ubicación de nuestros países en su histórico papel de oferentes de recursos naturales (materias primas) para el mundo industrializado.

Los procesos de producción de conocimiento también tomaron un giro paulatino hacia la derecha luego de que, en los años 70, se dio un importante proceso de radicalización de las ideas hacia posiciones cercanas al marxismo y de nociones de liberación como faro fuerte en buena parte de la academia. Por el contrario, en las universidades y las instituciones científicas, el cientificismo se apoderó de toda justificación y de la producción de conocimiento, además de apoyarse en fines prácticos y de formar mano de obra especializada según los dictados del mercado. Es decir, olvidaron rápidamente su pensar crítico denostando todo lo que oliera a 70, para reemplazarlo por las máximas de “fin de la historia y las ideologías”. La especialización disciplinaria retomó el camino afianzando firmemente su posición frente a lo interdisciplinario; y la multiplicidad integrada y dialéctica de miradas quedó en el recuerdo.

Sin embargo, en este contexto desalentador resurgen nuevamente las rebeliones al llegar el capitalismo neoliberal a sus límites estructurales. En los países centrales emergen, por ejemplo, los movimientos anti-globalización y diversas nuevas experiencias en América Latina que incorporan nuevos sectores sociales y fracciones de clase, que desafían las cerradas teorías “obreristas” de décadas anteriores. Al quedar intactas las causas que generaban los procesos de liberación nacional y social, los conflictos permanecieron latentes y emergieron al comenzar la crisis del sistema neoliberal. Cada uno de estos fenómenos, reaparece

re-significado de acuerdo al tiempo y lugar en que le toca vivir. Pero, tanto el proceso de “transformación bolivariana” de Venezuela, la rebelión y toma de poder en Bolivia por parte de las clases sociales y las etnias más postergadas y explotadas, como el levantamiento del Zapatismo Chiapaneco, las protestas y toma del poder en Ecuador, las revueltas en Oaxaca, o la revuelta en Argentina del 2001, así como el más antiguo proceso del MST en Brasil, guardan correlaciones históricas fuertes y evidentes –a pesar de sus también novedades– que solo pueden ser vistas prestando atención al proceso de la totalidad dialéctica de la realidad latinoamericana en tanto periferia subdesarrollada del proceso histórico de globalización.

Si el proceso venezolano se presenta como el más “tradicional” por sus ejes y problemas, el zapatismo, la liberación boliviana y el proceso ecuatoriano –en cambio– introducen un elemento renovador que no estuvo muy presente en los procesos de los años 70. Se trata de la fuerte presencia de un componente indígena que, si bien siempre existió como sector doblemente oprimido y explotado, no había podido encontrar su lugar en los procesos revolucionarios filo-socialistas de años anteriores.

La dominación pasa a ser entendida no solo como dominación política y económica, sino también cultural y además étnica. El Movimiento al Socialismo en Bolivia, si bien con una base filo-marxista, vino dando cabida en los últimos años a múltiples manifestaciones de diversos movimientos sociales que representaban las diversos sujetos de clase o fracciones de clase, y etnias y pueblos de la multicultural Bolivia. Según sus propios dichos, el MAS hizo emerger *“simultáneamente, a lo largo de los últimos años, los movimientos sociales cuestionando dos hechos históricos fundamentales. Primero, la historia larga, es decir, la forma como se construyó Bolivia a lo largo de su vida republicana dejando saldos tales como la discriminación, racismo y exclusión económica, política, social y cultural, por supuesto afectando a la mayoría de la población indígena y, en segundo término, a la historia corta, a la democracia representativa y al neoliberalismo ya que acentuaron los saldos anteriormente señalados”*.

Por ello lanza su programa *“Bolivia digna, soberana y productiva para vivir bien”*. El objetivo pasa a ser una refundación del Estado, del poder político y del quehacer ciudadano, para lo cual se propuso transformar las estructuras sociales, económicas, políticas, culturales y étnicas. De ese modo, se organiza el cambio con base en una serie de puntos fundamentales. Entre ellos, (i) la tierra es de quien la trabaja, sean campesinos o pueblos originarios; estos últimos deben tener garantizado el derecho al territorio; (ii) los recursos naturales son fundamentales para la integración regional, por tanto su recuperación soberana es primordial; (iii) estos recursos son la fuente de la puesta en marcha de un proceso productivo que defienda los valores culturales del pueblo boliviano; (iv) un Estado y fuerzas armadas y de seguridad bajo control del pueblo; (v) garantizar la educación y la salud universal y promover la educación en lenguas nativas;

(vi) integración latinoamericana. Estos puntos se logran mediante un esquema supuesto de transición lenta al socialismo; un socialismo basado en “la soberanía de los pueblos y naciones originarias,...en base a un nuevo paradigma político filosófico e identidad ideológica, basada en la cosmovisión originaria del modelo comunitario. Después de 180 años de la historia republicana, por primera vez, los pueblos originarios, sectores sociales y minorías, tendrán la posibilidad de participar en una Asamblea que refleje la composición multinacional y pluricultural de toda la territorialidad.”

Así, el fundamental agregado de esta revolución del “Bien Vivir” radica en la incorporación y complementación de la cosmovisión indígena comunitaria al modo de conocer y concebir la realidad por parte de occidente; lo que implica también la aplicación de un renovado programa de liberación social. Es decir, al socialismo occidental se le estaría incorporando la visión de un socialismo originario de base comunitaria, que permita establecer una igualdad social pero en el marco de una diferencia cultural. Este socialismo pudiera aportar también un condimento indispensable para repensar el círculo vicioso necesidades-consumo a nivel individual. Pero esto no es más que retornar a las bases profundas del pensamiento crítico y a las prácticas socialistas cooperativas de los comienzos. A la vez, es superar las limitaciones del esquema dogmático del pensamiento dominante positivista-liberal (y también de muchos marxismos esclerosados transformados en simples mecanicismos sociales), basado en la instrumentalidad de la razón, el cientificismo y en la falta de una verdadera concepción y análisis dialéctico del mundo. Es decir, se trata de retornar a las fuentes para la construcción de una nueva sociedad.

Para la construcción de esta sociedad nueva es indispensable el surgimiento de un hombre nuevo, como acertadamente lo planteaba Ernesto “Che” Guevara; no obstante, este hombre nuevo necesita indispensablemente de un pensamiento y un proceso de producción de conocimiento también nuevos, para liberarse precisamente de la atomización, la fragmentación y la burda linealidad del *corpus* ideológico dominante, que solo es funcional y legitimador del proceso de dominación, explotación y alienación.

La dialéctica y el pensamiento crítico son las herramientas básicas a partir de las cuales puede construirse un nuevo pensamiento. Pero, se trata de una dialéctica profunda que pueda servir de base y evite volver a caer en la simplicidad cómplice del mecanicismo o marxismo vulgar, como prefería llamarle Georgy Lukacs¹⁹.

Los procesos de movilización y rebeldía de sujetos que no representan estrictamente a la clase obrera, junto al movimiento ecologista surgido en los años 60, comenzaron a llamar la atención sobre la necesidad de una concepción compleja, integradora y profundamente dialéctica de la realidad. A ello se suma

19 Lukacs, Georgy: **Historia y conciencia de clase**. Madrid, Sarpe, 1984.

la fuerza con la que han venido apareciendo diversas propuestas de socialismo comunitario indígena en estos últimos años.

Son precisamente todas estas experiencias las que vuelven a interpelarnos respecto a la urgencia de una dialéctica crítica; es decir, de una dialéctica de la totalidad concreta.

La visión dialéctica de la realidad implica abordar la misma, tanto en conocimiento como en práctica, de una manera compleja e integradora de forma de poder rescatar cada uno de los instantes y facetas del conjunto de los fenómenos en estado de cambio y progreso. El concepto de praxis intenta sintetizar este proceso complejo, de conocer y actuar al mismo tiempo, que se contrapone con las tendencias dominantes que –en la modernidad– terminan construyendo el modelo de la racionalidad instrumental que solo atiende a los medios sin preguntarse por los fines, porque estos se consideran “naturalmente” dados. Se hace necesario, entonces, avanzar en un entendimiento profundo de la totalidad, más allá de las ilusiones creadas por los múltiples parcelamientos generados en la dinámica instrumental de la modernización.

Es posible, entonces, superar el parcelamiento de los fenómenos al tomar partido por una concepción profunda de la totalidad y diferenciar entre “representación” y “concepto de las cosas”²⁰. Esta distinción es una cualidad característica del pensamiento dialéctico, que representa a su vez dos cualidades de la praxis humana. El hombre es concebido como un ser social que actúa objetiva y prácticamente, y ante el cual se presenta la realidad como el campo donde ejerce su actividad práctico-sensible y de lo cual surge la intuición práctica inmediata. Es así que el hombre, en tanto ser social, desarrolla sus actos en el marco de una totalidad concreta como un aspecto fundamental de la praxis humana. Para esto, será necesario ir más allá del mundo fetichizado de la apariencia cotidiana (pseudoconcreción) mediante un pensamiento verdaderamente dialéctico.

Este proceso marcará la diferencia primordial con los enfoques liberales y posmodernos dominantes que terminan siendo incapaces de ir más allá de la apariencia fenoménica (mercado, individualismo, interés particular, incertidumbre, etc.) Es importante dejar en claro que la totalidad concreta no es el conjunto de todos los hechos, los cuales nunca podrían ser alcanzados por el conocimiento. Totalidad es un todo estructurado y dialéctico al cual está conectado cualquier hecho; ello implica que todo hecho puede ser reconocido en su singularidad, pero comprendido racionalmente en relación a la totalidad de la cual forma parte.

Esta concepción, que reúne dialécticamente praxis y totalidad, va de la mano con muchas cosmovisiones profundas de los pueblos originarios, pero también con toda una gama de corrientes no dominantes en occidente. En este siglo XXI, y a la luz de los tremendos fracasos del autodenominado socialismo real y de la pseudo-dialéctica (mecanicista), es prioritario rescatar esta praxis total, que

20 Kosik, Karel: “Dialéctica de lo concreto”. México, Grijalbo, 1967, cap. 1.

contemple toda la complejidad de la realidad global y sus múltiples formas alienantes, para así poder retomar el camino en pos de la construcción del socialismo verazmente liberador que dio origen a buena parte de las primeras experiencias, con la incorporación de todas las dimensiones y facetas que se hicieron evidentes con la multiplicidad de luchas del siglo XX y lo que va de este.